Desaparecidos

Desaparecidos, a la escucha del silencio para sellar la paz

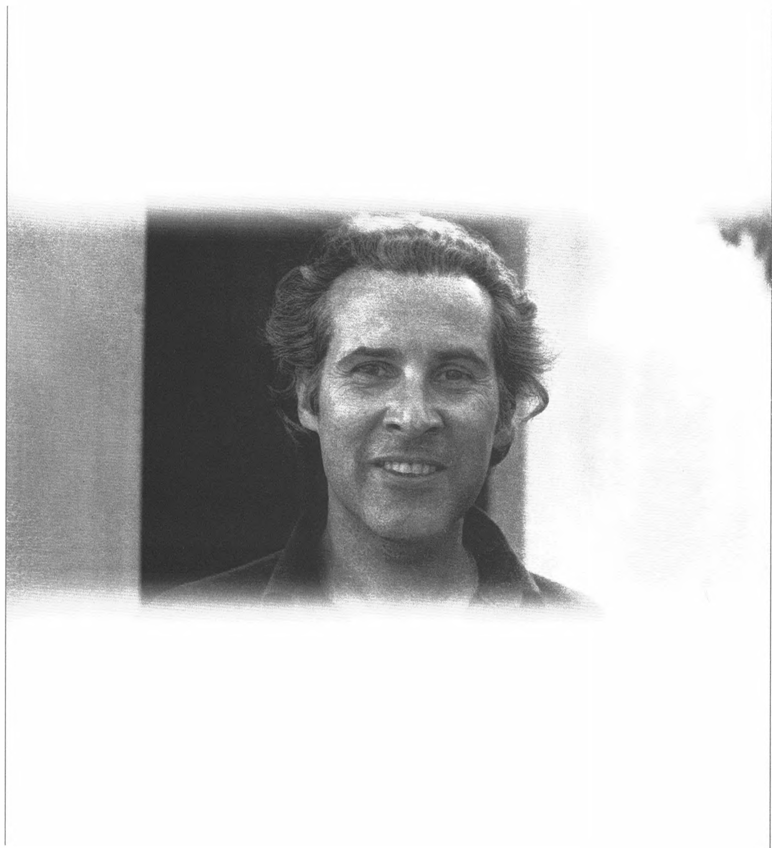


Luis Pérez Aguirre

Fotografía de portada: Victoria GRISONAS, uruguaya detenida desparecida en Buenos Aires el 26.09.76

Desaparecidos, a la escucha del silencio para sellar la paz.

Luis Pérez Aguirre



El bueno, el radical

Para ser bueno hay que ser implacable

Shakespeare

¿Hay, acaso, mayor signo de compromiso, de lealtad militante a los valores de humanismo, solidaridad y liberación, que vivir en ellos y para ellos? Ahí, justamente, encontramos la condición de auténtico radical de Perico. Sus valores, tan antagónicos con los dominantes, tan excluyentes de la criminalidad, los defendió en cada acto de su vida, ejerciéndolos. Los defendió en sus escritos, en su actividad pública nacional e internacional. Los defendió con hechos durante la dictadura, a pesar de riesgos y amenazas, y cuando fue sucedida por la hipocresía presuntuosa de los supuestos pacificadores. Los defendió en el seno de las instituciones, aún de las que él pertenecía. Su defensa era radical y serena, meditada, decantada, inteligente. Defendía sin prepotencia y sin ofensas. No cedía en los valores fundamentales, tenía fe en ellos como base de civilización no de imposición. Tenía claro que su misión era arraigarlos libremente en la sociedad y que eso significa un trabajo constructivo, permanente, de educación. Educar implica apostar a lo mejor del ser humano.

Implica ejemplo y superación; tener la humildad al dar y al recibir. Implica aceptar el desafío del cambio. Por eso, como un obrero, cada día construía el avance. Chocó así con el poder, con la calumnia, con el fariseismo que –lamentablemente- anida en todas las tiendas, con el oportunismo. A pesar de esos desvelos y dolores no desmayó. Cada día puso la conquista de esos valores en el centro de cada actividad con compromiso, tolerancia hacia el error (no hacia la maldad), firmeza y afecto.

¿Hay una manera más radical de ser bueno, hay una manera mejor de ser radical?

Los derechos humanos

Perico se adscribía a la concepción de que la generación, la conquista, el reconocimiento, la observancia de los derechos humanos era el resultado de actividades colectivas, sociales. Los derechos humanos como un camino abierto, a recorrer viviéndolo, en el que personas y pueblos van planteando –producto de sus realidades, tanto de existencia como de conciencia- nuevas metas.

Los derechos humanos no surgen de un grupo de iluminados, surgen de la historia de la práctica social, política, económica, cultural de las distintas comunidades humanas. Defender los derechos humanos en su integralidad, es una tarea de todos y la defensa comienza por una práctica consecuente. Su avance implica necesariamente ir erradicando el atropello, la arbitrariedad, la ignominia. La defensa de cada uno de ellos implica, de últimas, el desterrar lo que lo niega. Está bien defender al agredido, pero hay que terminar con la agresión; defender a "los sin voz", pero hay que generar las condiciones para que nadie tenga negada la voz.

La lucha social y política por la dignidad de las personas y pueblos no es un camino recto ni sencillo, es un largo proceso, con avances y retrocesos. El conjunto de los derechos humanos, resulta un cuerpo integrado y a respetar en toda circunstancia, por tanto no puede ser ignorado o avasallado esgrimiendo "razones de Estado", ni conveniencias circunstanciales o estratégicas.

Estudioso, pensador crítico y creativo, sus escritos son material ineludible para todos los que trabajan en esta materia.

Su erudición, su inteligencia, su compromiso y su prestigio internacional, le permitieron desempeñar con solvencia la tarea de experto a los más altos niveles mundiales toda vez que su esfuerzo fue requerido. Pero Perico no se engañaba ni -mucho menos- se mareaba en "las cumbres". Sabía que lo verdaderamente importante y esperanzador era cultivar la doctrina de los derechos humanos en las personas y en las organizaciones sociales como acción consciente. Nos convocó a todos a introducirlos en nuestra cotidianidad y se preocupó especialmente de sembrarlos en el corazón de los más humildes, de los más agredidos, de los explotados para que al desarrollarlos, dialécticamente, desarrollaran su propia humanidad porque son los que más necesitan y pueden ser sujetos de liberación. Con ellos compartió su vida por opción. Se formó junto a ellos. Con esta concepción, con esta práctica, dejó muchas huellas, además de en *La Huella*, en Uruguay y en América Latina.

La fe

El cristianismo de Perico es el que enseñó su Maestro: profundo, sencillo, humanista, comprometido, evangelizador.

Los grandes crímenes de la historia suelen hacerse en nombre de las grandes causas. No fuimos una excepción. En América Latina las dictaduras cometieron las peores crueldades y abyecciones invocando la defensa de la "patria" y de la "civilización cristiana". Cuando muchos más poderosos que él aceptaron esta infamia y bendijeron a crímenes y criminales o se llamaron a un silencio pusilánime y cómplice, él, el sacerdote recién ordenado, no se engañó ni toleró. Enfrentó la atrocidad, la denunció y la condenó por anti-humana y anti-cristiana. Ese compromiso de la época del horror fue la expresión de su permanente combate a la tragedia secular de nuestra América, cuyo fin es reto cotidiano y utopía. Esta tarea para que sea fértil, implica revolucionar nuestras propias mentes y sentimientos, nuestros propios ámbitos de acción. Implica asumir la autenticidad, la diversidad y la humildad. Perico se hermana con quienes –cristianos o no- ponen limpiamente y con coherencia su esfuerzo en lograr una sociedad mejor.

Esta fue la ecumenicidad que contribuyó a crear y con la que comulgó.

La política y el poder

Perico tenía un profundo pensamiento político, pero no era lo que se suele llamar un político. En el conjunto de los escritos que publicamos, especialmente en *La memoria prohibida, la verdad secuestrada* aparece su pensamiento. Plantea la dificultad pero la imprescindibilidad de la vinculación de la política con la ética, sobre todo porque la política implica el poder. La profundidad, la sensibilidad y el respeto a la condición humana; la responsabilidad y la generosidad son sus exigencias para la acción política de quienes tienen como

meta el mejoramiento de la sociedad, del país.

"Cada vez que un político manipula el dolor de los demás y ofrece lo que sabe que no es solución está manoseando lo más sagrado que tiene la sociedad: la esperanza de que un día seremos más humanos" [1]. Toda la vida de Perico busca esto y lo busca con consecuencia. Esta es la raíz de su posición política.

En este país que nos duele, que parece haber perdido los valores más universalmente queribles, que sume a más compatriotas en la pobreza extrema y en la frustración mientras se deifica el mercado, la ganancia, la fama y el éxito; él nos recuerda que *"desde siempre la humildad es la verdad"*.

Es esta sociedad, superficial y negadora de su propia historia, donde la riqueza estrechamente emparentada con la especulación y la corrupción, se despilfarra en lujo insaciable y empuja a las mayorías a la miseria, la que preocupa a Perico. La que él plantea que se está vaciando de ética y humanidad y que hay que cambiar, para dar a todos las bases materiales y espirituales que nos posibiliten vivir la vida individual y colectivamente y no soportarla como un calvario, ser más humanos. Perico no confunde responsabilidades, tiene claro cuáles son los mecanismos y los poderes que generan esto y los cuestiona.

No justifica las mezquindades de nadie. Tampoco admite justificaciones del mal, exige justicia para su erradicación. Pero Perico no se queda en la crítica y en el cuestionamiento, piensa y construye alternativas, busca en medio de la maraña, el camino que nos aproxime a una sociedad mejor. Genera situaciones, busca vías, usando como brújula el compartir la suerte con los más humildes y los más necesitados. Es una buena brújula en el mar de confusiones.

Perico es de los que elaboran su pensamiento. Si éste lo opone a las infamias del sistema, es un opositor sin corta pisa. Si lo enfrenta a los que comparten su objetivo, es un disidente. En ninguna situación calcula privilegios, posiciones ni desvelos. Por eso Perico sufrió la ira de los poderosos y dolorosas intolerancias en filas propias. Enfrentó a aquella con claridad y valentía; a ésta con el agregado de la amargura.

Desgraciadamente, en el Uruguay aún no hemos adquirido (o tal vez la hayamos perdido) la flexibilidad y la tolerancia necesarias para sumar sintetizando. No hemos desarrollado la sana, democrática costumbre de darle la bienvenida a la imprescindible y fermental discrepancia, en libertad y respeto. Muchas veces, incapaces de confrontar puntos de vista, se cae -en nombre de vaya a saber qué razón o interés superior- en invalidar al compañero. Perico sufrió últimamente este tipo de destrato. Nos consta. Sería hipócrita y estéril soslayarlo.

Seguiremos juntos

Aún estamos aturdidos por el cimbronazo de la muerte inesperada de Perico, pero tenemos una certeza: necesitamos a Perico para seguir navegando y él necesita que naveguemos para seguir junto a nosotros. Las aguas no las elegimos, son las que nos tocaron, las de nuestro país, las de nuestra región, las de nuestro tiempo...

Perdimos a un hombre de excepción, a un constructor de verdaderas esperanzas, a un incansable buscador de dignidades y bondades, al que depositaba su fe en los más humildes y castigados, en los luchadores.

Perico siempre tendrá un lugar en nuestros corazones. Llegará a nuestra mesa de la mano de algún compañero, enancado en circunstancias, acciones o pensamientos. Siempre recordamos cuando llegamos a él desolados por la desaparición de nuestros familiares y él, comprendiendo y compartiendo nuestro dolor, lo fecundó, restituyéndonos a la vida y ayudándonos a encontrar un camino compartido, útil, consciente. Por eso fue (es) para nosotros verdaderamente un hijo, un hermano más. Su muerte nos enluta, pero su vida nos acompañará eternamente.
Seguiremos juntos.

Los escritos que siguen

En la última reunión que tuvimos con Perico, en la tarde del viernes 12 de enero, vaya a saber por qué misteriosa premonición, le planteamos editar una recopilación que él había realizado de algunos de sus escritos sobre los desaparecidos, en su mayoría inéditos.

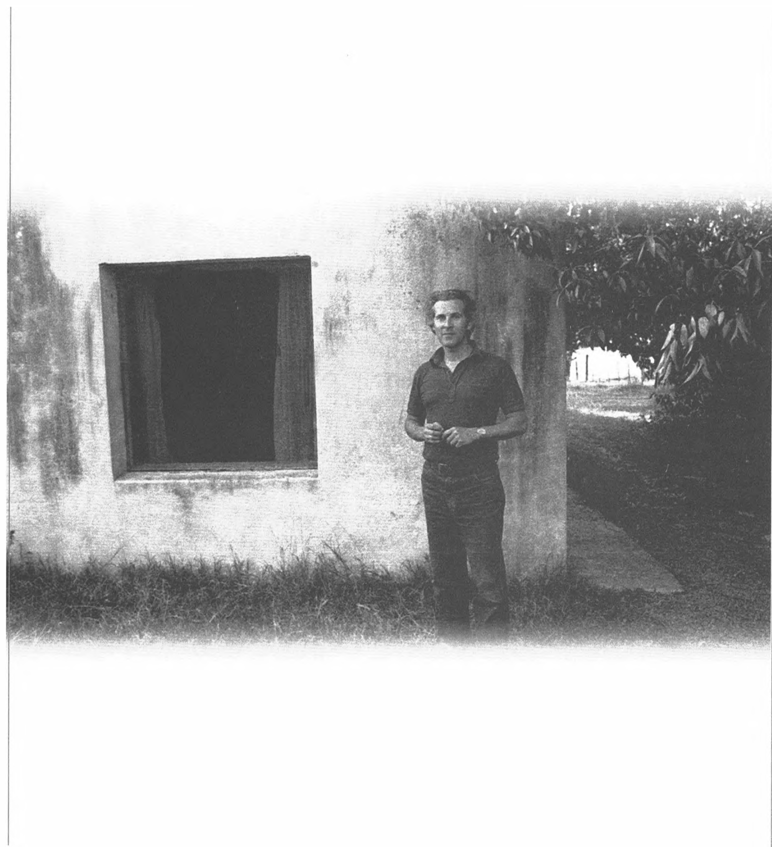
Nos dijo que sí, siempre y cuando realmente nos parecía que podían ser de utilidad.

A continuación los publicamos tal cual él nos los entregó.

Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos-Desaparecidos

---

[1] L. Pérez Aguirre, *La esperanza desesperada*



"No abrió la boca" *(Isaías 53,7)*

Este tiempo en el que la sociedad uruguaya parecería encaminarse finalmente a encontrar las condiciones para sellar definitivamente la paz, es propicio para tener presente a Aquél que "no abrió la boca" en medio del sufrimiento. También a otros que no la abren, que callan, en un silencio de un cuarto de siglo que la memoria quebradiza de muchos uruguayos se niega todavía a escuchar. Mudos, víctimas del desamor y olvidados, arrancados de su tierra y de su tiempo, despreciados por muchos, los desaparecidos vagan por los espíritus de sus compatriotas con una súplica silenciosa en espera estremecida.

Pero si hemos vivido en un tiempo de silencios culpables, no es bueno que nos volvamos cómplices de ese espanto. Hemos sido atiborrados de respuestas políticas, jurídicas e ideológicas, hemos caminamos en lo cotidiano urgidos por lo inmediato y apenas torcíamos el rostro ante el misterio lacerante del dolor de los desaparecidos y sus familiares. Mientras a nuestro alrededor se iban tejiendo mil palabras satisfechas por su elevado tono de realismos políticos y legislativas recetas, muy cerca, como una sombra pegajosa, nos perseguía la boca acallada de los que no permitimos estar en un lugar de nuestro suelo ni en un tiempo de

nuestra jornada. Como entrando en **Cien años de soledad**, buscamos *"... el aparato para olvidar los malos recuerdos, y el emplasto para perder el tiempo, y un millar de invenciones más, tan ingeniosas e insólitas, que José Arcadio Buendia hubiera querido inventar la máquina de la memoria para poder acordarse de todas"*. Porque ese instante existencial y constante que es la historicidad, la que seguimos negando todavía hoy a los desaparecidos, cualquiera puede vivirlo en el olvido o en la memoria. Es así. La historicidad no es mero fluir del tiempo, sino una continuidad experimentada intencionalmente. Bien dijo Alejandro Matos que no hay memoria sin olvido, pero sí que hay olvido sin memoria[1]. Por eso el bueno de José Arcadio Buendia, a pesar de no haber podido encontrar su anhelada salida al mar, fundó Macondo *"para no tener que emprender el camino de regreso"*. Quería un aparato para olvidar los malos recuerdos y sabía que ello no era posible si no inventaba, a su vez, una máquina de la memoria. Nos enseñó la quiebra profunda que existe entre una historicidad que para hacer historia se nutre del olvido de la memoria y otra que lo hace con la memoria del olvido. Ese ha sido hasta hoy el drama insoportable de los uruguayos. Me da la impresión de que nuestra conciencia colectiva ya no quiere vivir más en esa quiebra. Muchas y nuevas señales empiezan a llagarnos de diversos e insospechados lugares que apuntan a salir del drama.

Si en política la superficialidad es traición, no parecería excesivo añadir que, cuando la política se acerca de manera superficial al sufrimiento, es algo mucho más trágico que la traición, es agravio al ser nacional. La situación inhumana de los desaparecidos y sus familiares revolotea desde ya hace mucho tiempo sobre nuestra sociedad imprimiendo en ella el temor de que nuestro futuro como comunidad humana particular no sea una aventura viable. Temor de que ese mal vaya más allá y escape al esfuerzo colectivo de construir aquellos sueños de Artigas. De lo que nos pasó ya aprendimos que lo peor es posible, y más desde el momento en que nos resignamos a ello. Porque la abominación se nutre tanto de las pasiones destructivas de unos como del consentimiento y la omisión de los otros. A la memoria fecunda, esa que abre los ojos sobre la sociedad, se opone una memoria cerrada, barata, que aísla del mundo y en la que Hannah Arendt veía *una forma de barbarie.*

¿Qué podemos hacer para no seguir eternamente en esa barbarie? Es hora de reconocer que en el drama de los desaparecidos el mal y la esperanza, de manera un poco cruel e inocultable, nos acompañan juntos sin remedio. Apostemos entonces a potenciar la esperanza y a separarla del mal. Que el realismo del dolor nos afirme en la esperanza de que dejen de estar desaparecidos lo antes posible. Y para ello todos podemos y -por eso- debemos aportar nuestro corazón, nuestra imaginación, nuestra utopía y nuestro compromiso. Yo, al menos, -como el poeta- quiero aquí dejar constancia del mío.

Caminar hacia un verdadero sellar la paz definitivamente supone más que una receta. Deberíamos plantearnos una nueva perspectiva general para encarar los hechos que hasta ahora se han rehusado tercamente a cambiar. Una perspectiva que permita cambiar el lenguaje y buscar por otras vías que ya no son ni las legales ni las políticas para desbloquear la situación. Quizá sea la hora de buscar con nuevo estado del alma más allá de un "punto final"; habría que tender a un "punto de reinicio" o de "reencuentro". Una consolidación definitiva de la convivencia sin rencores, elaborando lenta pero sin pausa una reconciliación total de los espíritus. Al punto final llegaremos cuando los problemas reales que aquí abordamos se solucionen. Sólo entonces transitaremos por un Uruguay sin remordimientos. Quizá nos falte a muchos una buena dosis de humildad para avanzar en el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos. Desde siempre la humildad es la verdad. Debemos poder sentarnos con quienes corresponda sin amenazas, sin situaciones límites que bloquean todo y presionan, para replantear con el máximo realismo posible, con creatividad y sentido ético, un camino hacia el esclarecimiento que reclaman los familiares. Por otra parte, quienes fueron y siguen siendo insensibles, incrédulos o silentes ante los reclamos de los familiares de desaparecidos, deben tener un cierto pudor y dejar de proponer el olvido barato. Lo único que cabe es hacer un esfuerzo por parte de todos, sin excepción, para ponernos en los zapatos del otro y avanzar hacia la meta.

Se ha abierto un tiempo de propuestas, de búsqueda de caminos para lograr de una vez que los desaparecidos dejen de serlo. Los resultados, si los hubiere, hablarían por sí mismos y entonces llegaría el momento en que los familiares decidirían si sus espíritus se han apaciguado, si sus corazones sangran menos y si pueden comenzar a mirarnos a los ojos nuevamente. De allí en más el Uruguay todo, a través de un acto oficial del Poder Ejecutivo, diría qué pasó con cada desaparecido, emitiría los actos legales de rigor y buscaría con grandeza cómo expresar a las generaciones venideras -en un gesto apropiado- que hemos encontrado el "punto de comienzo" para caminar de otra manera hacia el País que todos quisimos, por el que luchamos y que nos merecemos todos.

La esperanza desesperada

La razón no puede prosperar sin esperanza, ni la esperanza expresarse sin razón
(F.Bloch)

Escuchando impávido a lo largo de estos años las razones de la sinrazón en el debate sobre el reclamo de los familiares de los desaparecidos a conocer su paradero y destino, me vino a la mente con toda crudeza la veracidad del binomio blochiano esperanza/razón citado arriba y señala la interdependencia entre ambas realidades. Ellas no pueden separarse como el agua y la sal que hacen posible el mar. Si mucho se ha insistido en los desafueros de la razón, poco se ha reparado en las cegueras de la esperanza. Esperanza en este caso solipsista y autosuficiente, desprovista de razón y rebosante de engaños, que pretende poner punto final al tormento de unos humanos con familiares desaparecidos por medio de una solución legal, por una ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado. Despropósito mayúsculo también el esperar que dicha ley produjera sin más la reconciliación nacional y la otra, la de víctimas con victimarios.

El mesianismo político de muchos que han salido en estos años a decir que el tema de los desaparecidos ya fue saldado por la ley de caducidad tanto usó y abusó de las esperanzas de las víctimas, cuanto escondió el vacío racional de sus propuestas. Esa ley, contundentemente acatada por todos, clausuró la posibilidad de hacer justicia, es verdad, pero no impide que la esperanza irreprimible de los familiares a conocer el destino de sus

seres queridos sea colmada. Los que altaneramente hoy se consideran salvapatrias a la sombra de la ley de caducidad y niegan toda posibilidad de que los familiares accedan al conocimiento del paradero de sus seres queridos, echan sal en las heridas de las víctimas que más duelen: en las razones de la esperanza que ellas tienen.

Los familiares no piden juzgar a nadie. No tienen ya una esperanza de que la razón pase por la justicia o la ley. Sólo reclaman conocer la verdad, recuperar a sus niños, y llorar a sus deudos o procesar su duelo si es el caso. ¡Qué maldad en la razón de quienes esperan que la ley pura y dura traiga el perdón y la reconciliación! La ley resolvió un tema político y jurídico, pero el tema existencial de las familias de los desaparecidos desborda por arriba y por abajo lo jurídico y lo político.

Todo esto que le está pasando a nuestro Uruguay, el desvarío de quienes pretenden reconciliado y en paz a nuestro pueblo porque la ley de caducidad se aprobó en plebiscito, y no hay nada más que hacer, me recuerda al caos moral que reinó en Atenas tras la guerra del Peloponeso, cuando "hasta se trocó arbitrariamente la aceptación ordinaria de los términos que designaban las cosas. La loca audacia consideróse como honorable lealtad al partido (...); el temerario arrebato reputóse patrimonio de un hombre de corazón (...). El exaltado era siempre un hombre fiable, y su contradictor, un sospechoso"[2].

En todo caso, lo bochornoso e inaceptable en políticos que se sintieron oportunos salvadores de la Patria negando toda respuesta a los familiares, es el uso de anestesia en carne propia ante el dolor ajeno, ofreciendo una falsa salida para una reconciliación irrealizable. Las razones que vociferan no son sino argumentos pusilánimes de Estado: el dolor de una madre a la que se le quiere negar la esperanza de saber sobre su hijo jamás acabará con esas razones.

Los salvapatria presentaban por esos días una esperanza desnuda de razón. Un falso paraíso uruguayo reconciliado y en paz. Sabían que no es así, pero pretendían que los familiares aceptasen que el dolor de no saber no duele. Es entonces cuando la esperanza *es usada* como tormento. Es el momento terrible, el del actual en Uruguay, cuando la esperanza de las víctimas *es convertida* en un medio tan maquiavélico como lo son la amenaza o la prepotencia para alcanzar lo que a los ojos del poder es paz. Entonces la esperanza se transforma en una herida más que han de exhibir los familiares para burla ante sus verdugos y paternalismo salvífico de sus nuevos inquisidores. Y es entonces cuando la esperanza pasa a formar parte del suplicio diario, porque los que prometieron que la solución legal sería el fin del dolor son quienes hasta hoy quitaron precisamente la posibilidad de calmarlo.

Los uruguayos sensibles al dolor de los familiares no merecemos estar obligados cada día al espectáculo de que las esperanzas sean manipuladas de esa forma. Los familiares que, una vez más, no están pidiendo juzgar a nadie, tienen derecho a esperar algo más que la manipulación de la razón de su corazón. Nadie tiene el derecho de jurarles en vano el advenimiento de un nuevo día que no pueden crear, cerrándoles el camino de la verdad.

Cada vez que un político manipula el dolor de los demás y ofrece lo que sabe que no es solución está manoseando lo más sagrado que tiene la sociedad: *la esperanza de que un día seremos más humanos.*

"Alentar la esperanza implica siempre un acto de razón y el acto racional la posibilidad de llevarla a cabo. Cuando la razón esperanzada y la esperanza razonada pierden su carácter orientador, el diálogo plural deviene en monólogo dictatorial, pues la razón sin esperanza es apología de lo dado, *persuasión de mentes*, y la esperanza irracional ideología totalitaria, *seducción de almas*"[3]. La esperanza razonada es hoy para nosotros lo que nos cabe esperar: que juntos buscaremos el camino, para llegar con los familiares de los desaparecidos a la verdad del destino de sus seres queridos. Emprenderemos, por los pasillos que sean más seguros, la búsqueda de lo que todavía no sabemos, pero que podemos y debemos saber. Es la única manera de que la esperanza y la ética no degeneren en irracionalidad ignorante y sin moral. O peor, en dominio impune sobre las voluntades de las víctimas a escapar de su dolor.



Julio CASTRO PEREZ -uruguayo, detenido desaparecido en Montevideo el 1.08.1977.



Miguel Angel MORENO MALUGANI - uruguayo detenido desparecido en Buenos Aires el 01.10.76.

Una ausencia insoportable

«Aquellos que no recuerdan el pasado, *están condenados a repetirlo»*
Santayana
(citado por Carlos Quijano, Marcha, 27 de agosto 1971)

Antes de seguir avanzando hacia el estado del alma que nos permita sellar definitivamente la paz, es necesario hacer una experiencia a partir de lo que soportan los familiares de los desaparecidos. Y debemos tener el coraje de soportar -como ellos- aunque sea por un momento esa experiencia revulsiva.

Lo común para la opinión pública es denunciar la situación de los desaparecidos, analizar sus causas, reflexionar sobre su terrible y desvastador efecto en las conciencias de nuestra gente. La técnica de la desaparición forzada se aplicó en muchas partes del mundo de manera masiva y sistemática. Lo propio de los foros internacionales sobre esta realidad ha sido presentar el hecho combinando la denuncia con la reflexión teórica. Nosotros podríamos intentar lo mismo aquí. Podríamos decir sin alejarnos en lo más mínimo de la verdad que hoy día es una osadía creer en la vigencia de los derechos humanos en nuestros países porque el desaparecido sigue siendo un caso límite, paradigmático y ejemplar. Porque el desaparecido es considerado como un no ser. En el esquema del «enemigo permanente» que presentaba la ideología de la Seguridad Nacional, el desaparecido no era considerado ni siquiera como delincuente (que en toda sociedad democrática sigue siendo persona), porque no tiene derecho a ser

juzgado, a tener defensa, ni siquiera a ser condenado; no tiene derecho a tener públicamente la condición de «preso»; a conocer su sentencia... La condición de los desaparecidos es un caso extremo de «alteridad»: la sociedad les quitó toda cualidad humana. ¡Les negó su condición humana! Se trató de suprimir el último lazo que tenían con la sociedad: se les niega hasta el derecho de estar en un lugar y fecha, es decir, en el espacio y el tiempo...

Se creó así una categoría de personas tratadas como parias, como enemigos totales y como puros peligros y amenazas a la seguridad nacional: se encontraron de un día para el otro privados de todos los derechos de participación en la convivencia nacional. No fueron tratados siquiera como delincuentes porque no tuvieron derecho al derecho... Su caso tiene valor simbólico y de ejemplo. Son como los esclavos de hoy, los hombres, mujeres y niños que no son hombres y mujeres, en los que la sociedad no quiere reconocer el carácter humano.

Todo esto explica por qué la lucha por la aclaración de la situación de los desaparecidos en estas sociedades se ha vuelto como el eje en torno al cual gira cualquier posible salida futura hacia la paz. Y la lucha por encontrar a los detenidos desaparecidos se ha transformado en el símbolo de la lucha por los derechos elementales: es la lucha para que sea reconocida por lo menos la existencia del hombre, de la mujer y el niño arrebatados, vencidos, sospechados, abandonados en la cuneta del camino de la historia...

Es en este contexto bien concreto y dramático donde se sitúa la acción por sellar la paz definitiva. Hablamos desde la propia experiencia de todos estos años, que empieza allá en plena Guerra Fría, en nuestros países de América Latina. No hacemos un discurso aséptico y anodino. Hablamos desde las imborrables heridas de todo orden provocadas por esa experiencia en la que nos tuvimos que debatir muchas veces en plena soledad.

El primer y desgarrador grito de los familiares de los desaparecidos fue ¿dónde están? Ni más, ni menos. Se quiso dar por supuesto que estaban en algún lugar, en alguna tumba. Pero para los familiares, esas tumbas, esos sepulcros, no existen, o están vacíos. Esta experiencia ante la existencia propia y del ser querido les hace perder pie en la realidad, es como hundirse progresivamente en un mar de arena movediza.

En primer lugar porque ese sepulcro, para el común de los mortales, tiene la función de una especie de ancla en el proceloso mar de emociones que desata la muerte de un ser querido. Pero para el familiar de desaparecidos es como una daga que cava cada vez más profundamente un vacío en su corazón. Para el común de los mortales, acudir al sepulcro de un ser querido difunto es un mecanismo eficaz para liberar el dolor provocado por la pérdida. También ayuda a rehacer la relación en una nueva dimensión. En el caso de los desaparecidos, nada de ello es posible. Por eso, para quienes quedan vivos ante la muerte de seres queridos, lo más importante es saber dónde se encuentran esos muertos. Y muy particularmente en caso de que la muerte haya sido violenta o no se haya podido presenciar, como cuando resulta de una larga enfermedad.

En el caso de la desaparición forzada, el dolor es mucho más agudo y la necesidad de saber dónde están es más acuciante con el tiempo. Aquél originario reclamo doliente de María Magdalena: “*Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto*” (Jn 20,13), se multiplica en cada familiar de desaparecido. Es el mismo patético reclamo de las madres, las hijas, las amigas, los padres, los esposos, de quienes hoy siguen desaparecidos en alguna parte de nuestra América. Fue desde siempre el grito de las Madres de la Plaza de Mayo: “Se los llevaron vivos: ¿dónde están?”. Es el mismo reclamo de los familiares de los desaparecidos en Chile:

• “Mi herida tuvo que cerrarse sin haberla limpiado. Sé que murió, pero nunca me entregaron su cuerpo; el luto aún no ha terminado”.

• “Cada vez que veo a un loco o a un vagabundo en la calle, pienso que puede ser mi marido... o que en algún lugar podría estar en esas condiciones”.

• “Hasta hace poco, los esperábamos vivos; hoy andamos buscando sus huesos. Esto no va a terminar nunca... esta larga pesadilla de la que o sé si puede despertar, porque he olvidado lo que significa llevar una vida normal”[4].

“La desaparición origina una forma especial de ausencia. Es una ausencia impregnada de incertidumbre: la imaginación se dispara y considera toda clase de posibilidades con respecto a la suerte de los desaparecidos. Surgen mil preguntas acerca de las condiciones en que se encontrarían los desaparecidos o acerca de cómo habrán muerto. Pero sólo topan con el silencio: no hay nadie para responder a estas preguntas. La desaparición desorienta por completo a los supervivientes: “He olvidado lo que significa llevar una vida normal”. En el caso de una muerte normal, la tumba sirve para objetivar de alguna manera la ausencia; existe al menos un lugar al que es posible acudir para enfrentarse con el propio sentimiento de pérdida[5]. Algo similar afirma el sudafricano Zbigniew Herbert al decir que “la ignorancia acerca de la suerte de los desaparecidos socava la realidad del mundo que nos rodea”[6].

De ahí la importancia que los seres humanos siempre han atribuido a la necesidad de enterrar a sus seres queridos difuntos, con solicitud y amor, de manera que puedan establecer con ellos una nueva relación. Ello implica, en el caso de los desaparecidos, que puedan



Graciela Da Silveira de CHEJENIAN - uruguaya detenida desparecida en Argentina el 01.10.76.

identificar a quienes han sido asesinados, además de conocer cabalmente las circunstancias en las que se produjo la muerte. Y una vez identificados, que puedan volver a enterrarlos con dignidad para devolverles el respeto debido. Enterrar respetuosamente y en un lugar apropiado los restos de los seres queridos que fueron desaparecidos permite tomar conciencia de la gran pérdida que se ha consumado y ayuda a iniciar una nueva relación con ellos. Impedir este acto es someter a los familiares a profundizar en la ruptura, la incertidumbre y la angustia, ejerciendo con ellos un acto de violencia inimaginable.

Es lo mismo que condenar a los familiares a estar encarcelados en el inmenso abismo de la pérdida y de la ausencia. "Y no meramente la ausencia en el sentido de un déficit de presencia; se trata más bien de una ausencia que amenaza con engullirnos y reducirnos a la nada, con aniquilar nuestra existencia. Se puede comprender lo que significa esta ausencia comparándola con los agujeros negros que, según los astrofísicos, existen en el espacio exterior. Se trata de concentraciones de materia de alta densidad que engullen y aniquilan todo lo que se acerca a ellos. Hasta la luz, capaz de iluminar la oscuridad, es absorbida por los agujeros negros. (...) Igual que los agujeros negros, esta ausencia tan terrible es algo más que un vacío que pasivamente espera ser llenado. Es la peligrosa toma de conciencia del poder de una fuerza dirigida por su propia naturaleza contra todo lo que existe y es bueno. Esta ausencia es la experiencia del mal, definido hace ya muchos siglos por san Agustín como *privatio boni*, o ausencia de bien"[7].

La paz del alma no se puede lograr, y menos la reconciliación, mientras sigan las cosas estando como quisieron quienes usaron la desaparición forzada como arma de guerra. Nunca se podrá retomar una vida normal mientras las cosas queden así. Los esfuerzos por lograr la paz del alma deben enfrentarse con esta realidad tremenda puesto que nunca se debe permitir que el silencio paralizante y la ausencia de los seres queridos eche fuera del alma la esperanza de lograr una nueva relación con ellos.

Los seres humanos siempre necesitaron canalizar el dolor de la ausencia de alguna manera. La más común ha sido levantando monumentos en recuerdo de sus muertos. El ser humano siempre necesitó tener un lugar tangible en el que poder celebrar los ritos necesarios para reafirmar una presencia en la ausencia, algo de donde agarrarse para no ser arrastrado por el torbellino de la ausencia. Si la muerte supone una ruptura inevitable de las relaciones entre los seres, lo perentorio es establecer una nueva relación, un nuevo tipo de contacto, la reconstrucción de los vínculos en la nueva realidad transformada. Durante la búsqueda de la paz de alma, los errabundos sentimientos provocados por la desaparición del ser querido van cercando el espíritu y éste debe tener los recursos para no sucumbir. "Especialmente en el caso de las emociones que fueron engendradas po circunstancias traumáticas. Un sonido, un encuentro casual en la calle, un olor singular... pueden desencadenar de nuevo el paroxismo emotivo. Ello pone de manifiesto que no basta con un sepulcro que nos ayude a encauzar estas emociones; necesitamos también un lugar inviolable en el que podamos evocar y organizar de nuevo nuestros recuerdos"[8].

La búsqueda de la paz del alma supone afrontar la pérdida, esa privación de la presencia de quien ya nunca podrá ser recuperado. Supone aceptar ese no regreso del ser querido pero con la certeza de que todavía es posible establecer algún tipo nuevo de interacción con el desaparecido. Solamente así -dice R. Schreiter- la maraña de emociones que cercan al familiar del desaparecido - incertidumbre, ira, miedo, dolor del alma- podrá ser desembrollada para mitigar su virulencia. La búsqueda de la paz del alma "ha de afrontar igualmente la dislocación, la desorientación provocada por experiencias traumatizantes. Acompañando a las víctimas, deambula por un territorio asolado, en busca de los restos de una vida hecha añicos, en busca de los desaparecidos. (...)Reúne cuidadosamente los fragmentos de una existencia despedazada y ayuda a las víctimas a ensamblarlos de nuevo lo mejor posible"[9].

Una parábola estremecedora

"Mi herida tuvo que cerrarse sin haberla limpiado"
Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Chile)

Pero todo este discurso tiene el peligro de permanecer sólo en la inteligencia del ciudadano y no bajar a su corazón, a sus entrañas. Por eso es necesario cambiar de registro. No sirven aquí las disquisiciones teóricas por más verdaderas que sean. Es necesario ir al plano en el que se afecta nuestra sensibilidad para movilizar nuestra voluntad y energías en la lucha por encontrar la paz.

Para lograr este propósito en el marco tan limitado del lenguaje escrito, no tenemos más remedio que recurrir al género de la parábola. Porque en este caso la vida misma de los desaparecidos es una inmensa parábola de la que cada uno puede sacar sus propias enseñanzas.

Yo había hablado muchas veces de la tragedia de los desaparecidos en foros internacionales. Hace algunos años, en el VI Congreso Latinoamericano de familiares de detenidos desaparecidos, me pidieron una vez más que hablara del tema. Aquí va lo que expresé en dicha ocasión:

- Me han pedido que exponga en esta ocasión el tema «Desaparición Forzada y Seguridad Nacional». Pero no me sale nada. No me salen las palabras. Mejor, se me agolpan todas empujando a la vez en la garganta. Y pienso que en este tema está todo dicho, que no vale la rutina

del requisito de una conferencia más. Y me niego. No quiero hablar más de esto. Lo hice ya tantas veces... Pero me piden que lo haga otra vez. Y me voy a vengar con quienes insisten en que repita el plato. Quiero que mi voz y mi espacio los ocupe el que los tiene prohibidos. Quiero que le aguanten la voz, que le aguanten la presencia los que pensaron que no volvería, que no podía volver más.

Aquí está, viene, desde la noche de la ignominia, aquí, oigan... Aquí están mi hermano y mi hermana desaparecidos, aquí aparecen con su voz recuperada en un primer supremo acto de justicia -antes que todos los otros actos que vendrán, sí, vendrán- y después vendrán sus ojos, y vendrán sus manos, y vendrán todos los besos que no pudieron dar -suprema venganza bañada en el dulzor amante de quien ya está más allá de la bajeza del rencor y la revancha. ....

- En un lugar, estoy, sí estoy... entre el Cono Sur y el cielo, cierro los ojos y ya la ficción no se me confunde más con la realidad. Tengo siete años, perdí todas mis cosas cuando me sacaron aquella noche con papá y mamá y la beba, que iba en brazos de Mamá. Ya no extraño aquellos juguetes, ahora tengo otras cosas.

- Cierro los ojos y estoy en un lugar. Estoy. Sí. Me toco y estoy. Porque ando por lugares. Las cosas y las personas me acompañan... a veces. A veces se van. Se van de mi memoria. De noche son de verdad, de día desaparecen. ¿Es la noche más verdad que el día? ¿Es el día este la noche de la realidad?, ¿o es la noche cuando capto mi realidad?

- Cuando me separé de Mamá no traía esta ropa. No me queda nada de esa noche... Soné la nariz sucia en su pañuelo, pero ella se lo quedó. Se quedó con algo mío pero yo no que quedé con algo de ella. No me dejaron nada. Pero mi memoria se guardó muchas cosas... ella sabe de mí más que todos, más que yo incluso. Ella no pierde nada; le quise sacar cosas, le quisieron sacar cosas pero no pudieron porque se le pegaron más fuerte. Me vino como fiebre y se le pegaron para adentro. A veces alcanzo esas cosas de mi memoria y a veces no. De día me cuesta más, de noche o en el silencio es más fácil. Esas cosas son hijas de la noche, por eso se esconden de día.

- A Papá lo tirotearon cuando estaban revisando el cuarto de baño, entraron unos hombres como locos, a los gritos, nerviosos, él se movió y me paralizó el sabor amargo que se me subió de las tripas a la garganta cuando el estampido de la metralla. Fue un segundo de una hora... El portafolios que papá tenía en la mano desapareció con el camión a cuerda que yo tenía en la mano también. Además se llevaron la pecera con agua y todo.

- Si dicen que en la foto Papá apareció apuntando a uno y lo mataron en el enfrentamiento, no les crean porque él tenía un portafolios en la mano. Mamá se abrazó a la beba pero no gritó. Yo lloraba a gritos. A la beba -cuando subimos en una camioneta azul se la sacaron de los brazos, pero yo estaba agarrado de su mano y me dejaron. A Papá lo sacaron envuelto en la frazada a cuadros entre cuatro. A Mamá le pusieron una venda en la cabeza pero no estaba lastimada. Esa venda siempre se la dejaron después. Pero yo podía verla y podía ver todo. Pero no era como cuando veía de día, con los ojos míos de siempre, porque ahora veía oscuro, como de noche siempre... Temí que estuviera convirtiéndome en gato porque un amigo me dijo que los gatos ven de noche. Yo veía en la noche.

- Ahora lo cuento de día y la gente dice que es mentira, que no diga esas cosas, dice que estoy enfermo, que tengo fiebre. Pero yo veía en la noche y ahora hablo de día porque no me gusta la noche esa.

- Llegamos a un lugar en que había mucha gente apiñada. Todos apretados en un cuarto, el aire pegajoso... una sensación de asfixia... Las paredes estaban despintadas. En el piso había pis, yo vi caca en un rincón. El olor... el olor también está en un lugar de mi memoria. No era como de transpiración, ni de caca, ni de pis, ni de comida, era como de todo eso licuado... A Mamá le hicieron cosas para que yo viera. Ella no hablaba y le gritaban preguntas y palabrotas. No se si tenía los ojos abiertos porque estaba tapada, pero ella me miraba con los ojos que tiene en el corazón, porque esos ojos no se los taparon, no se pueden tapar... con los de mi corazón cruzábamos miradas que nadie podía ver. Y eso me consolaba porque yo no lloraba, del susto que tenía sólo me salían lágrimas de los otros ojos, los de la cara, pero me daba cuenta que lloraba porque el agua de los ojos me mojaba los labios. Había gente tirada allí, pero estaban tapados, sólo oían los ruidos y las palabrotas.

- Después me sacaron de allí. En un auto fuimos a una casa como de hospital, y me dijeron que unos señores me iban a llevar de vacaciones. Todavía duran esas vacaciones. Yo tengo más cantidad de años ahora. Son siglos. Ya no tengo siete años, tengo setenta veces siete.

- Me dijeron que a mamá no la vieron más. Una vez mis nuevos padres me dijeron que ella se había enfermado y que ellos me cuidarían hasta que se pusiera buena. Que no tenía que temer nada porque ellos, no ves, me dan todo y no me falta nada. Hasta cariño. Otro año me dijeron que no sabían nada de Mamá, pero que se habría muerto porque sino les hubieran avisado para irla a ver. Pero no que me tenía que preocupar porque ellos harían todo lo posible para averiguar.

- «Ahora tenés nuevos amigos, y en la escuela la maestra nos dijo que te portás muy bien, que hacés todos



Eduardo O'NEILL VELAZQUEZ - uruguayo detenido desparecido en Argentina el 18.01.77.

los deberes siempre. Pero que tendrías que jugar más con todos, ser más comunicativo»...

- El año pasado quise llorar. Las lágrimas del lloro sin llanto que aprendí cuando tenía siete años mojaron otra vez mis labios. Tenía diecisiete años recién cumplidos en invierno, porque cuando era chico yo me acuerdo que en mis cumpleaños hacía calor, deberían ser en verano... ¿Porqué desde hace años son en invierno? Ese día, con furia contenida y mal comprendida, fuí quemando mis cosas, mis papeles, un diario que había escrito, unas fotos que tenía y los dibujos de la escuela. Porque no quiero otro rastro de mi. La memoria, esa del principio, que me acompaña siempre, que sabe todo, es mi única mochila en esta vida. La radio está encendida, la canción de Milton Nascimento otra vez, machaconamente:

Descobri que minha arma
é o que a memoria guarda...

- Miro por la ventana abierta, primavera en los plátanos de la calle, me extraña no oír el ulular de algunas sirenas de vehículos policiales. ¿Cuánto vale la vida en esto que llaman guerra interna, guerra permanente... Vale lo que nuestro peso que se devalúa sin remedio, porque para asegurar la Seguridad Nacional optaron por lo seguro: el premio Nobel de economía Milton Friedman. El resultado son más numeritos agregados en la lista de haberes de la Bolsa de Valores y más nombres tachados con rojo en las listas del registro civil.

- Ayer leía en un librito de Galeano: «El que así se llamaba, ¿dónde amanece? Te amordazan, te atan las manos, te suben al Falcon: escuchás los sonidos de la ciudad que se aleja y decís adiós o lo pensás porque tenés una venda en la boca:

- No, no. Esperen. Así no. De frente no, que no merece. Por la espalda.

Un hombre advierte que lo siguen. Corre por las calles, se mete en una cabina de teléfonos. Todos los números dan ocupados o no contestan. A través del vidrio él ve a los asesinos que lo están esperando...»

- Viene el informativo: escucho sin ganas porque te dicen sólo lo que se puede decir. Pero aún lo que se puede siempre duele a uno. Hablan de unos legisladores uruguayos que aparecieron muertos en Buenos Aires. Declara el ministro de defensa argentino: «Se trata de una operación uruguaya. Todavía no sé si oficial o no».

Ginebra: "*El embajador uruguayo declaró ante la Comisión de Derechos Humanos que en cuanto a las vinculaciones entre la Argentina y el Uruguay, por cierto que existen. Nos sentimos orgullosos de ellas. Estamos hermanados por la historia y la cultura*".

San Pablo: El jefe de seguridad pública de San Pablo declaró: "esta es una guerra cruda, una guerra desnuda, y es una guerra en que nosotros tenemos que usar las mismas técnicas de nuestros enemigos, si no queremos ser derrotados. Vamos a almorzarlos antes de que ellos nos cenen"[10].

Montevideo: "El coronel Silva Ledesma dijo que tenemos 1500 problemas porque no tenemos 1500 muertos...»

- El cronista mezcla los últimos datos deportivos con curiosidades científicas recientemente descubiertas. Se comprueba un distanciamiento tecnológico progresivo entre los países industrializados y América Latina... Apago la radio. Aquí la universidad no tiene recursos, yo me tengo que sentar en el pretil de la ventana del aula, pero los laboratorios militares compiten en imaginación creadora para el uso de los numerosos recursos asignados en tecnologías «de punta», del terror, que le dicen. Mejorar las técnicas para hacer desaparecer, para matar sin rastros, para torturar, sembrar el miedo y asesinar las ideas. Los manuales tecnológicos «*made in USA*» enseñan que lo primero es la eficacia. Hay que preparar al torturador para que sea eficaz. Prueba de capacitación: Distinga, Sr. Oficial, cuál es el individuo más eficaz: el sádico, el drogadicto, el alcohólico, el que pasa por honesto ciudadano? Tache el que no sirve. La tortura debe ser eficaz. ¿Para qué sirve? Vea el capítulo «tortura» en el manual: sirve para arrancar información vital, para quebrar las conciencias, para desmovilizar al pueblo por el terror... Si no obtiene eso, mejorar los métodos, está mal aplicada. Revise la máquina, altere el orden, reitere la secuencia: capucha, plantón -interrogatorio liviano-, submarino, caballete, interrogatorio pesado con picana, cepo, «*pau de arara*» (así le dicen en Brasil y ahora también en todos los países del mundo, porque se exporta lenguaje en esta materia). De vez en cuando el «teléfono». Golpes a discreción. El torturador no debe perder la disciplina. La máquina exige mucha disciplina. Hay algunos tan naturalmente dotados para la tarea que al final la hacen con facilidad y placer. Verdaderos profesionales, altamente calificados. Se gradúan recién cuando llegan a cumplir sus acciones aberrantes sin mala conciencia. A ello contribuye el hecho de que efectúa sus labores cotidianas en forma habitual y remunerada por un servicio público prestado. Su financiamiento procede de las arcas fiscales y lo pagamos todos con los impuestos y otros gravámenes. Además está plenamente justificada ideológica y políticamente por la «doctrina de la Seguridad Nacional».

- Este pensamiento me enferma. Me descompone, ¿cómo mantenerme sano en este sistema enfermo? Busco dentro de mi, parece que alguien dictó la orden de estar triste. Dentro encuentro que estoy condenado a ser un delincuente en el sistema porque la alegría, la vida, la libertad son delitos de alta traición a la Seguridad Nacional.



Graciela Susana DE GOUVEIA de MICHELENA-uruguaya detenida desaparecida en Argentina el 14.06.77



Blanca RODRIGUEZ de BESSIO - uruguaya detenida desparecida en Argentina el 16.05.77.

- Yo estoy solo, pero me pregunto: ¿esa parte prohibida de mi, de la alegría en mi, tendrá que estar condenada a convivir con la otra parte? ¿Qué hacer entonces? La doctrina de la Seguridad Nacional es el último eslabón que inventaron para seguir con el saqueo de esta hermosa mujer que se llama Latinoamérica. Esa mujer desnuda y saqueada es nuestra América querida.

- Pienso en el asombro que América provocó en los ojos del conquistador de turno. Carlos V, Teddy Roosvelt, la United Fruit, el Chase Manhattan Bank... todos quedaron prendados de ella.

- No lo esperaba. América era hermosa, con sus largos cabellos trenzados de un solo lado, sus grandes ojos de extraña lejanía, el busto en flor.

- «Ellos me ataron, con las piernas abiertas...»

- Hablaba entrecortadamente, casi en voz baja, dulce, dedicada a indicarme con precisión en qué lugar de su piel habían pegado los electrodos; cómo mientras estaba en el suelo, desnuda, un oficial enloquecido, en medio de gritos e insultos, le dio picana en la boca, se le aflojaron los dientes, le aplastó las costillas y los senos con los tacos de sus botas... y la botella... empalada y bañada en su sangre...

- «sientes que todo se balancea, gira... y se va, se te va todo: los brazos, las piernas, la sangre, el corazón... me había desmayado...»

- Ahora el asombro era el mío. Quitó firmeza a su hablar. La mirada finalmente más próxima, dijo con casi un grito sordo:

- «No... tú no puedes saber nada... nadie puede saber!...

- Me quedé en silencio. Le ofrecí un cigarrillo. América no fumaba. ¿Un chocolate?... Amagó a aceptarlo con prisa infantil, pero se reprimió.

- «Mataron a mi hermano esta mañana. Tengo las tripas anudadas. Me hace mal».

- América conservaba un pudor extremo en su relato. Sufría visiblemente cuando me dijo, esta vez desviando la mirada:

- «No me violaron, pero me pusieron una botella de Coca Cola. Perdí sangre, estuve desmayada mucho tiempo...».

- Toda la historia del saqueo y las matanzas en los ojos de América. ¿Qué somos nosotros? ¿Cómplices o testigos impotentes? América parecía reflexionar en esta pregunta que ella no formulaba pero que me dirigía, acariciando suavemente el gran hematoma azulado en su antebrazo. Después sonrió, aliviada, arreglando el escote de su blusa blanca.

- Esto debería ser en Argelia, pensé yo. ¿Por qué se llama América? Las realidades se mezclan en mi cabeza. En Francia estuvieron los alemanes, entonces no pueden ser los franceses... ¿Seguridad Nacional en la Escuela Superior de Guerra de Santiago? El relato, sin embargo, tiene el perfume de la vieja tierra argelina saqueada por los uniformes de la «civilización». Pero el perfume es el de la olorosa naturaleza guatemalteca... Rockefeller, Documento de «Santa Fe», cadáveres flotando en los ríos del Sur... Debo tener fiebre. América tiene razón, nosotros no podemos saber. Si no hemos hecho justicia, si no hemos encontrado el rastro de los 90.000...! América nos acusa. ¿Por qué bajamos los brazos?

- Mi novia, anoche, me confesaba:

- «Perdí mi inocencia cuando tenía 13 años. Un sábado, a las siete de la tarde, esperando ver mi telenovela favorita. Encendí el televisor y en su lugar el noticiero me expuso un despliegue de esqueletos vivientes, tambaleándose grotescamente entre los buses de San Pablo, revolviendo la basura... Un flash sobre el éxito de la presentación moda-verano de Pierre Cardin y enseguida el encorbatado ministro de Economía detrás de sus cinco micrófonos explicando la relación entre el tipo de cambio y la política de precios. ¿Por qué ninguna explicación sobre el sentido de nuestras vidas y de nuestras muertes? Me quedó la pregunta destilando un sabor amargo en la garganta... Y el miedo, miedo a la vida, a todo... El miedo es la peor noticia...

- Me quedo paralizado. El miedo. Se te pega, se contagia.

- ¿Será el arma secreta del enemigo? De golpe estoy otra vez en mi territorio, extraño, bajo cielos que no eran los de mis raíces, donde se siente, se habla, se actúa de otro modo. Hasta la memoria queda como desconectada, despoblada. No me reconozco. ¿Quién me traerá a la vida otra vez?

- Estoy soñando. ¿No estoy soñando? Es un sueños horrible. Pero es real. Mañana, cuando tú me despiertes te lo voy a contar. Quiero que pronto me despiertes. ¿Todavía no es mañana? Quiero que ya sea mañana para que vengas a despertarme. ¿Qué estás haciendo para que ya sea mañana? No puedo esperar más, no puedo...

- ¿Cuántos hombres, cuántas mujeres, cuántos niños... va a ser arrancados violentamente esta noche de sus camas, de sus hogares? ¿Cuántos desaparecidos? ¿Cuántos perforados, quemados y arrojados en oscuras banquinas de las carreteras o en los basurales de terrenos baldíos olvidados? ¿Seguirán los hijos de las tinieblas saliendo puntualmente de las penumbras para volver a ellas con su cuota de sangre, muerte y desesperanza?

- Y ahora, fusilar no sirve más, porque levanta escándalos en otras partes del mundo. Es más rentable la desaparición. El beneficio de la duda evita reacciones incómodas, inesperadas. Hace menos ofensivo el paso del tiempo. Se entretiene a los familiares con inútiles peregrinaciones entre cuarteles, seccionales de policía,

ministerios, prisiones y juzgados... La desaparición forzada tiene grandes ventajas: neutraliza los reclamos, evita los mártires (al menos por un buen tiempo), niega los crímenes. No se pueden hacer denuncias, no se necesitan expedientes, no se necesita dar explicaciones...

- La incertidumbre... Ah, sí, cuando la incertidumbre se incrusta en los corazones estamos ante el éxito de esta técnica. Decía el oficial instructor con tono magisterial. «Ahora sólo nos falta terminar de tejer punto a punto, junto a políticos y entenados, un gran manto de olvido. Después podremos reclinarnos en paz y... a otra cosa!» -decía frotándose las manos.

- Quiero quedar desnudo, no preciso más que la memoria. Camino a la Verdad, sólo ella, cuando se encuentre con su hermana Justicia me hará nacer de nuevo, nos resucitará a todos. Noventa mil otra vez caminando, abrazando... Y entonces veré los ojos de Mamá otra vez, no los del corazón, que siempre los veo, los de la cara, esos que me asombraban de niño, esos que ella tenía, tan grandes y con sus pestañas largas, como destellos de dulzura atravesando algo doloroso que le venía de adentro.

- Ella vendrá, con el camisón celeste con que la sacaron de casa. Vendrá con el cabello arreglado, a buscarnos, a explicarnos que todo esto no es de Dios, que no hay derecho a pensar que esto es de Dios. Vendrá a vivirnos, a decirnos que esto es soez mentira de la brigada de Seguridad Nacional. A decirnos que ya no podremos morirnos porque todo un pueblo ahora mira con los ojos del corazón, y no va a dejar que morirnos sea más fuerte que vivirnos. Y nos traerá a todos, y haremos un pacto, un pacto de nunca olvidar, de nunca postergar la verdad y la justicia. En ellas, y sólo en ellas se purifica el beso del amor.

Entonces sí, como César Vallejo, volveremos a decir que:

Serán dados los besos que no pudisteis dar!
Sólo la muerte morirá!

La reconciliación impedida

«No conseguiremos jamás el progreso de nuestra felicidad si la maldad se perpetúa al abrigo de la inocencia. Llegado es el tiempo en que triunfe la virtud y que los perversos no se confundan con los buenos»
José Artigas
(al Cabildo de Montevideo, el 18 de Noviembre de 1815)

Esta frase de Artigas tiene la virtud de permitirme centrar en sus justos términos el motivo que nos desafía, sellar la paz entre los uruguayos. Los familiares de los desaparecidos nos siguen convocando para acompañarlos en su justo reclamo.

Confieso que debería comenzar por callar. Debería empezar por un silencio, por escuchar. Porque en este tema nos atropellamos todos (políticos, militares, periodistas, juristas...) para decir nuestra palabra o veredicto, pero no somos nosotros quienes tenemos el derecho a la primera palabra; no nos toca a nosotros abrir el diálogo. Es trágico que en todo este entrecruzarse de discursos y argumentos, a los familiares de los desaparecidos nadie les ofrezca un diálogo. Además, sólo ellos podrían iniciarlo y cuando empiecen a hablar todos nosotros a escuchar. Ese es nuestro actual deber. Escuchar de una vez por todas lo que los familiares tienen para decirnos de sí mismos y sobre sí mismos. ¿Estaré muy lejos de la verdad si digo que hablamos demasiado sobre nuestras ideas al respecto, sobre nuestras soluciones jurídicas y nuestros análisis de la realidad política, mientras dejamos a las víctimas con su palabra atragantada en la garganta?

Estamos hoy junto a los familiares de los desaparecidos porque, además de procurar sellar la paz entre los uruguayos, su situación es por demás injusta,

dolorosa y cruel desde todo punto de vista. No estamos -hay que decirlo una vez más con claridad y firmeza- para reabrir un tema cerrado y del pasado como tantos afirman machacona e irresponsablemente. Se argumenta que hurgar en estos acontecimientos es abrir nuevamente las heridas. Nosotros nos preguntamos por quién y cuándo se cerraron esas heridas. Los familiares de desaparecidos nos dicen que ellas siempre estuvieron abiertas y la única manera de cerrarlas será logrando una *verdad oficial* respecto de lo sucedido. Ellos no viven en el pasado o mirando al pasado. Tampoco nosotros. Este es un tema de contundente actualidad y del futuro.

Los familiares y la sociedad toda merecemos **una verdad oficial**, completa e institucional, sobre los desaparecidos para poder entrar en una época nueva. Es lo que estaba en la letra y el espíritu del Art. 4° de la Ley de Caducidad que el pueblo uruguayo refrendó. Sólo una actitud humilde y paciente de reconstrucción de la verdad aliviará el dolor de los familiares de desaparecidos, cauterizará sus heridas y removerá los impedimentos de la conciencia permitiendo cerrar una etapa trágica de la vida nacional trocándose en un signo de esperanza para el pueblo todo.

No estamos pidiendo un *mea culpa* a nadie. Menos pretendemos identificar responsables. Sí nos duelen recientes declaraciones hechas por políticos y militares acusando de revisionistas y de pretender nuevas confrontaciones a los familiares. Queremos recuperar la nobleza moral perdida rompiendo ese círculo de acusaciones, superando la soberbia de quien sigue prohibiendo la verdad vaya uno a saber por qué temerosas y políticas razones.

Más aun, queremos que el aprendizaje en el dolor inconmensurable se vuelque en beneficio, no sólo de aquellos que todavía hoy pugnan por restañar sus heridas, sino también de las nuevas generaciones que se asoman con ojos asombrados al pavor de esa experiencia de crueldad, difícil de explicar y entender razonablemente por quienes no la padecen.

No soy un político y menos un analista social. No tengo la capacidad terapéutica de un psicoanalista ni el poder de un estadista. Entonces no me queda más remedio que hablar desde el lugar y con la perspectiva del ciudadano que observa la realidad de a pie, es decir, la del ser humano que vale para los técnicos a la hora de hacer sesudos planteos sobre las sinrazones que justifican olvidar actos aberrantes como el de la desaparición forzada de personas.

Sucede que muchas veces me he encontrado cara a cara en las calles de Montevideo tanto con quienes aún buscan a sus seres queridos desaparecidos como con quienes están acusados de haber, si no participado en la desaparición física de tantos, al menos haber cerrado los ojos y oídos ante dichos insucesos. Entonces quizás el único crédito que pueda mostrar ahora sea el de hablar y razonar desde la óptica de las víctimas y no desde la asepsia de un ciudadano pretendidamente neutral.

No seremos constructores de unidad mientras no logremos una nueva relación con quienes padecen injustamente la desaparición forzada y la impunidad de sus verdugos. Ya no podemos andar solos, sino del brazo junto a las víctimas. Sólo así -lo insinúo con prudencia- llegaremos a un nuevo tipo de solidaridad, de confianza mutua entre víctimas sufrientes y ciudadanos dispuestos a no banalizar nunca más el dolor que queda atenazado en la impunidad por razones de Estado o de «instituciones políticas salvadas».

Si la grandeza de esas instituciones consiste en que pueden custodiar y transmitir el recuerdo de los acontecimientos históricos, su miseria, por el contrario, consiste en los recuerdos que ellas relegan selectivamente al olvido. Para eso toda institución se dota de cronistas y de vehículos para su transmisión selectiva, para recordar algunos acontecimientos y personas mientras oculta y olvida otros. Y allí están los monumentos, las celebraciones patrias junto a los silencios vergonzantes, la historia oficial junto a la oculta...

En la Roma antigua, esa tarea le era confiada a los «Pontífices», los cuales escribían anualmente la crónica de los acontecimientos y la exponían para que el pueblo tuviera conciencia de ellos. De ese modo, las instituciones se aseguraban el monopolio de la memoria mediante la publicación oficial de los anales.

Llama la atención el hecho de que en las sociedades en las que triunfa la impunidad, se procure desde las instituciones del Estado el olvido colectivo de las violaciones a los derechos humanos. Se trata de impedir la memoria de ese dato de la vida social. Será importante entonces entender por qué la impunidad y el olvido van de la mano. ¿Por qué se procura impedir esa memoria y qué consecuencias tiene para la sociedad? ¿Qué fracturas insalvables crea?

Es claro que más allá de un elemental reclamo de justicia por parte de las víctimas, está la obligación que todos tenemos de impedir por todos los medios que vuelva a suceder lo que ocurrió. La memoria de los detenidos desaparecidos debe mantenerse viva en el pueblo, es vital si queremos neutralizar los efectos de la impunidad en su maldad más dañina.

¡Pero cuidado!, porque los verdugos buscarán por todos los medios impedir que se puedan hacer explícitas las razones que tiene ese pueblo para *no olvidar* lo que pasó. Ello está vinculado con la imperiosa necesidad que tienen los de mala conciencia de que no se mire atrás. La sociedad, por su parte, debe procurar por todos los

medios avanzar en la reconciliación y evitar que lo sucedido no vuelva a repetirse. Que el aprendizaje en el dolor inconmensurable se vuelque en beneficio, no sólo de aquellos que todavía pugnan por restañar las heridas, sino también de las nuevas generaciones que se asoman con ojos asombrados al pavor de esa experiencia de crueldad, difícil de explicar y entender razonablemente por quien no la vivió.

Recordar a los detenidos desaparecidos implicará un discernimiento sobre lo sucedido para que el pueblo saque sus propias lecciones. Una conclusión es esencial: no se recuerda, no se juzga el pasado sólo para castigar o condenar, sino para aprender. El olvido debe ser combatido con energía porque impide ese aprendizaje histórico que es vital para recomponer la identidad del pueblo y para poder encarar el futuro.

Lo vivido no debe ir a alojarse en algún rincón recóndito de la memoria. Se debe integrar al alma del pueblo afectado y hacer parte de su ser para siempre. Se debe tener el valor de no arrinconar en el inconsciente colectivo eso vivido y debemos recordarlo para no caer nuevamente en la trampa.

Los familiares de desaparecidos son forzados a vivir en una penumbra habitada de dudas y fantasías. Se les mantiene en un estado de crueldad y tortura permanente. Es un caso extremo de maldad (que va más allá de lo imaginable en la situación de los niños desaparecidos). Para los familiares es una angustia suspendida en el tiempo, no pueden ni saben si están vivos o muertos, y en este último caso no pueden ni enterrar a sus seres queridos, que no están y por lo tanto tampoco pueden elaborar el proceso de duelo. Para tener una idea cabal de esta situación basta pensar de que no es equiparable a la de una tumba del soldado desconocido, que ayuda a canalizar el dolor de tantos familiares, desde el momento en que allí yacen restos reales de un soldado que pueden ser los de su familiar. No hay tumba posible del «desaparecido desconocido». No dudamos que esta llaga abierta, esta penumbra en el alma respecto a los desaparecidos, trasciende la situación de los familiares directos y afecta a toda la sociedad.

Cerrar heridas y reconciliarse no es olvidar. El olvido es signo de debilidad y de miedo al futuro. Los crímenes sucedieron, están impunes y están en la memoria colectiva nacional. Nuestra historia se hace con lo que el pueblo conserva en su memoria. Tendrá que conservar el hecho inocultable de esos crímenes, de ellos está hecha ya nuestra historia. Pero no le sumemos la impunidad a esa historia, sino la capacidad de perdón y reconciliación. El esclarecimiento y reconocimiento de los crímenes procura colaborar en la creación de esas condiciones. Triste sería conservar para siempre en nuestra memoria colectiva el hecho fatal de que nos hemos convertido en pueblos pusilánimes, doblegados por abyectas amenazas que pretenden obligar a olvidar y negar la existencia de los criminales. Sería insoportable convivir para siempre con la propia vergüenza y la dignidad perdidas. La paz, que siempre es fruto de la justicia restablecida, se volvería una ilusión inalcanzable y nostalgiosa.



Edison Oscar CANTERO FREIRE -uruguayo detenido desparecido en Argentina el 06.06.78

La memoria prohibida, la verdad secuestrada

Quizá la más grande lección de la historia es
que nadie aprendió las lecciones de la historia.
A. Huxley

La afirmación de Huxley tiene la virtud de permitirnos centrar en sus justos términos el complejo tema de la reconciliación en relación a la memoria de los crímenes y de las violaciones a los derechos humanos que debe mantener un pueblo para neutralizar la impunidad en su maldad más abismal.

Nuestro propósito aquí es el señalar las razones que tiene un pueblo para perdonar y reconciliarse y al mismo tiempo no olvidar lo que pasó. Ello está vinculado con la imperiosa necesidad de que lo sucedido no vuelva a repetirse y que el aprendizaje en el dolor inconmensurable se vuelque en beneficio no sólo de aquellos que todavía pugnan por restañar las heridas, sino también de las nuevas generaciones que se asomaron con ojos asombrados al pavor de la experiencia de crueldad difícil de explicar razonablemente.

Cerrar heridas y reconciliarse no es olvidar. El olvido es signo de debilidad y de miedo al futuro. Los crímenes sucedieron, están impunes y están en la memoria colectiva nacional. Nuestra historia se hace con lo que el pueblo conserva en su memoria. Tendrá que conservar el hecho inocultable de los crímenes, de ellos está hecha ya nuestra historia. Pero no le sumemos la impunidad a esa historia, sino la capacidad de perdón y

reconciliación. El reconocimiento de los crímenes procura colaborar en la creación de esas condiciones. Triste sería conservar para siempre en nuestra memoria colectiva el hecho fatal de que nos hemos convertido en pueblos pusilánimes, doblegados por abyectas amenazas que pretenden obligar a olvidar y negar la existencia de los criminales. Sería insoportable convivir para siempre con la propia vergüenza y la dignidad perdidas. La paz, que siempre es fruto de la justicia restablecida, se volvería una ilusión inalcanzable y nostalgiosa.

Y aquí aparece el rol clave de la memoria colectiva. No para juzgar, pues ya no lo permite nuestro ordenamiento jurídico luego de lo laudado en el plebiscito sobre la ley de Caducidad, sino para amparar este presente que no puede gestarse sin la historia inmediata con todas sus consecuencias. Es perentorio volver a la memoria para reconocernos, reconocer lo que es nuestro, descubrirlo en esa amalgama de dolores y esperanzas. Porque sin memoria -como bien afirmaba Mons. Cristian Precht en la introducción a *La memoria Prohibida de Chile*: *«no sabemos quiénes somos. Sin memoria divagamos desconcertados sin saber dónde ir. Sin memoria no hay identidad»*.

La memoria colectiva nos facilita ubicarnos para ver la historia desde una óptica pedagógica y procurando poner luz y palabras donde es mayor el reino de las tinieblas y el silencio. Esa memoria nos conduce con un insustituible principio rector: el de que la historia generalmente no registra más que los gestos y las palabras de aquellos que de alguna manera pudieron aferrarse a la vida, darle un sentido y expresarlo. Pero hay multitudes de hombres, mujeres y niños a quienes se les ha impedido la dignidad mediante el atropello, el terror o la mentira. Y por eso se han callado. Las víctimas que pudieron quejarse, y cuyas voces fueron escuchadas, tuvieron mejor suerte. Toca a la memoria mostrar el reverso de la palabra y de la luz. Quienes tuvieron la suerte de sobrevivir deben hacerse responsables de ese silencio y de esa sombra que proyecta nuestra historia para no ser cómplices de ella.

La verdad es que cuando un acto niega la esencia del ser humano en cuanto humano, la prescripción que tendería a absolverlo en nombre de alguna moral contradice a la moral misma. Olvidar los crímenes pasados se convertiría en un nuevo crimen contra el género humano. Todo crimen es un atentado contra la persona en cuanto ser humano, no contra el ser humano en cuanto «esto o aquello»... en cuanto comunista, o izquierdista, o adversario ideológico. Y lo que realmente nos sucedió fue que se abolió toda moral para dominar a la sociedad para unos fines determinados. ¿Cómo explicar a las nuevas generaciones que una política determinada puede exigir que se desaparezca a niños?

No se nos oculta que todo esfuerzo de síntesis, de integración de los principios éticos en la política, será siempre dramático y provisional, pero reconocer la autonomía del comportamiento y del saber político no supone negar su referencia al universo de la ética. La política en cuanto actividad humana siempre debe ser considerada como moral o inmoral porque se envuelve con toda la densidad propia de la persona humana. Queda situada dentro del universo de intencionalidades y de los fines en los que se realiza toda persona. Por eso la política no pertenece exclusivamente al reino de los medios: se introduce en la región de los fines y por eso no puede dejar de tener una referencia a la ética. Coincidimos con Coste en que *«es evidente que la política no puede ser humana si no está sometida a las reglas trascendentes de la moralidad»*. Esto es así contra la afirmación del defensor del "realismo político" que sostiene que en el caso de conflicto entre ética y política, la elección debe hacerse a favor de la política sacrificando los principios éticos.

Recordemos que la esencia de lo político es el poder. Que inevitablemente se entra en una dinámica delicada de la relación entre la política y la ética que deriva en la relación entre *cratos* y *ethos* (poder y ética). Y entonces la pregunta decisiva de la ética política es sobre la existencia y el sentido del poder. Hoy más que nunca es imperioso advertir el carácter ambiguo del poder y tener presente aquella afirmación de Lord Acton de que *«el poder corrompe; y el poder absoluto corrompe absolutamente»*.

Como cristiano, para el Evangelio, hay dos rasgos del modo de ser de los hombres que entristecen a Dios y que parecen sacudirle muy profundamente (cf. Marcos 3,5). Son quizás los rasgos más vituperados por los evangelistas: el endurecimiento de corazón y la hipocresía. Ambos hacen al hombre malo y tienen que ver con el pecado agazapado o enmascarado.

No cabe duda que las palabras «hipócrita» e «hipocresía» fueron usadas por Jesús (quizás en griego mismo) y están tomadas del teatro. El hipócrita es el que representa un papel, el farsante, el hombre de doble vida, cuya conducta comienza por engañar a los demás y termina por engañarse a sí mismo. De tanto hacer de su vida una inmensa mentira, el hipócrita termina siendo el primero que se la cree. De lo contrario difícilmente soportaría esa contradicción consigo mismo.

Por otro lado, el «embotamiento del corazón», que el evangelio traduce por «dureza de corazón», lo vuelve impermeable a las razones de la misericordia, de la humanidad y de la justicia. Le hace «no ver cuando mira y no oír cuando escucha» (Marcos 8,17). Le lleva a reclamar nuevos argumentos y nuevas señales para actuar, busca permanentemente nuevas razones y nuevos



Guillermo Manuel SOBRINO BERARDI - uruguayo detenido desaparecido en Argentina el 23.12.1977.

argumentos para no hacer lo correcto (Marcos 3,4). Por eso también es traducida esta actitud en el Evangelio como «ceguera de corazón»(Marcos 3,5). Por eso Jesús advierte a sus discípulos sobre ellos. Importa recordar que los describe como aquellos «cuyo fermento es la hipocresía»(Lucas 12,1) y los anatematiza, por la doblez de sus actitudes, con este adjetivo:»[hay de vosotros, hipócritas!»(Mateo 23). Y esta doblez obedece de igual modo, como en el caso típico de los ricos, al afán de preservar aquello en lo que tienen puesto su corazón (que dicen tener puesto en Dios, o en la Justicia o el Amor): su propio poder...

Jesús nos da cuenta de que cuando el hombre está con el corazón endurecido por el deseo, o cegado por una insinceridad última o penúltima, difícilmente se puede hacer algo con él. Con algunos es como si se hubiesen enquistado en una cierta inconsciencia sobre sus propios mecanismos justificatorios de la injusticia. Y no se trata de que esa inconsciencia signifique una falta de responsabilidad o de imputabilidad, como ocurre con la idea del Destino en la tragedia griega. Se trata de algo mucho más trágico y profundo: que la responsabilidad humana puede, a veces, llegar incluso a la eliminación de la conciencia en provecho propio; a lo que gráficamente se llama «volver los ojos para no ver». Algo de eso cantaba Bob Dylan en los ilusionados años sesenta: *»how many times must a man turn his head, and pretend that he just doesen't see?*. Y la respuesta, amigo no «anda volando por el viento»[11].

No es extraño entonces que Pablo diga a los romanos que «la cólera de Dios se revela contra la impiedad e injusticia de los hombres, que encarcelan la verdad en la injusticia»(1,18). Porque lo que destruye al hombre es lo que contraría la intención de Dios y a la verdad de lo real. «Oprimir la verdad con la injusticia» quiere decir: falsificar la realidad, la creación a imagen de Dios, mediante el daño al ser humano y a la justicia. Y cuando los valores son trocados, trampeados, el dios que fundamenta esos valores ha de ser otro que el Dios verdadero que fundamenta los valores cristianos: ese dios será el propio sistema... y como cristiano deberé oponer todas mis fuerzas a ese sistema que se desea imponer. Porque estamos ante el pecado de los griegos, de los paganos, el pecado de «la razón» o de la «sabiduría de este mundo» que engendra la irracionalidad e inhumanidad en nombre de la razón y de lo humano.

Pero esto termina por alarmar e interesar también a quienes no comparten necesariamente mi cristianismo. Porque eso que yo llamo pecado-del-mundo o «sabiduría de este mundo» es una falsificación de las estructuras humanas de convivencia y, por tanto, una falsificación del hecho social. La actitud que venimos describiendo daña lo más medular de la sociedad porque los valores son una realidad absolutamente vital para los individuos y el grupo humano. Ser persona humana es, en definitiva, tener valores (no sólo intereses) Y además, esos valores son una realidad intrínsecamente comunitaria, valen precisamente porque son compartidos y no una propiedad aislada de uno u otro miembro de la sociedad. La sociedad, la comunidad nacional, se generan y se sostienen por un conjunto de valores compartidos. En cierto momento de su constitución, la sociedad nació para asentarse sobre aquellos valores: los individuos que la fueron constituyendo aspiraban a vivirlos. Por eso es común que la sociedad naturalmente aísle a quienes no compartan los valores establecidos y los considere hostiles o traidores a ella.

Podrán ellos llamar libertad a su obsecuencia, o llamar justicia a su mentira, pero la persona tiene ese reducto último de la conciencia que protesta contra ello. «Por eso no les queda más recurso que el de sepultar ese interés en su inconsciente y desconocerlo: éste es el proceso que Freud analizó. Pero, cuando el hombre construye la sociedad humana, se dan márgenes mucho mayores para que aquel interés, relegado a lo que «no se quiere conocer», aflore ahora revestido de valor»: la motivación «no confesada o no conocida» pasa ahora a ser una motivación falsamente conocida y falsamente expresada»[12].

Para Sartre esos rasgos se definen por la actitud de *mauvaise foi*. «La mala fe es un mentirse a sí mismo», pero «distinto del mentirse a sí mismo de la mentira a secas». Es «enmascarar una verdad desagradable o presentar como verdad un error agradable»... «No le viene de fuera a la realidad humana. Uno no padece su mala fe... sino que la conciencia se afecta a sí misma de mala fe»[13].

El perdón necesario

"perdonar sirve para deshacer los hechos del pasado, cuyo 'pecado' cuelga como espada de Damocles sobre las nuevas generaciones..."
Hannah Arendt

El 14 de julio pasado el Ministro de Defensa Luis Brezzo hizo dos afirmaciones que revisten una enorme gravedad y mal haría yo en dejarlas pasar desapercibidas. En primer lugar porque en nada contribuyen a ese "estado del alma" que pretende el Sr. Presidente para lograr "sellar la paz definitivamente entre los uruguayos", y en segundo lugar porque suponen una patética insensibilidad humana que -es la única explicación que me puedo dar- se asienta en una ignorancia difícil de comprender en una persona de su investidura.

El Sr. Ministro dijo que "*perdonar es un acto casi de humillación*" y remató el exabrupto afirmando que perdonar "*no va con la idiosincracia uruguaya*". Yo me considero tan uruguayo como él y, que yo sepa, desde que tengo uso de razón me han educado para perdonar, saber pedir perdón y ofrecerlo en caso de que no me lo pidan. Esa es mi tradición cristiana. También la judía. Creo en la historia uruguaya no somos ni dos ni tres. Somos legión. Y nuestra historia está llena de esos actos de grandeza. No viene al caso aquí ilustrar al Sr. Ministro.

Lo he dicho muchas veces y supongo que una vez más no hace mal a nadie. El perdón es esencial para la vida social, familiar y también para nuestra convivencia nacional. La filósofa Hannah Arendt, en su ensayo **La condición humana** dijo que "*perdonar sirve para deshacer los hechos del pasado, cuyo 'pecado' cuelga como*

espada de Damocles sobre las nuevas generaciones..." Para restablecer la convivencia social quebrada, es necesario que el ofensor sea liberado de su culpa y de sus dañinas consecuencias y que quien fue ofendido sea liberado al menos del daño personal de sentirse enemigo del ofensor, o humillado u ofendido por él, ni más ni menos, Sr. Ministro.

En 1946, Jaspers recordaba a los alemanes que el único camino para reconstruir la nación a través del diálogo y la concordia civilizada era asumiendo no sólo las responsabilidades políticas, sino incluso la de carácter moral cuando se colaboró "*en el surgimiento de la atmósfera pública que hace posible el mal*"[14]. Para dar ese paso se requiere no sólo de generosidad, sino también de mucho coraje. Mientras no ocurra, no se podrá reprochar a los familiares de los desaparecidos exigir sus múltiples reclamos y queda claro que el "estado del alma" reclamado por nuestro Presidente no se logrará.

Afirmar que el perdón es casi un acto de humillación es dejar al desnudo una patética ignorancia existencial. Pruebe, Sr. Ministro, si puede, a vivir la vida sin el perdón. Algún día se descubrirá en medio de un autoinfierno de rencor. Sólo esta práctica que usted dice que no va con nuestra idiosincracia nos permite vivir como personas y rehacer la historia.

Perdonar no es un acto de humillación, no es asumir una impotencia o debilidad ante el avasallamiento. Todo lo contrario. Perdonar es un acto exigente, diría que casi heroico, que supone una fortaleza moral descomunal. Es una forma de humildad, no de humillación, como usted afirma, Sr. Ministro. Nunca es fácil perdonar porque es renunciar a tener la última palabra. Perdonar viene del latín *per donare*, es decir, "dar totalmente". Es un acto de extrema generosidad. Está muy lejos de ser una suerte de transacción interpersonal o social.

En virtud de un mecanismo de defensa que todos tenemos, quien fue víctima de una agresión tiende naturalmente a desear el mal del agresor. En la víctima (persona o colectivo) se despierta la rabia y el dolor, pero también el resentimiento, el odio y hasta el deseo de venganza. El perdonar es un gesto que obliga a plantearse la convivencia de otra manera. Sólo el perdón es liberador, es capaz de romper la dinámica engañosa de la venganza y humaniza a quien perdona y a quien es perdonado a la vez. Sólo el perdón genera las nuevas energías necesarias para edificar entre todos un futuro no entrampado en el rencor. Si esto es claro en el plano individual, resulta insuficiente cuando el conflicto trasciende a lo social.

Entonces el proceso no es fácil, requiere su tiempo, pero es absolutamente necesario para avanzar hacia ese estado del alma que conduce a la reconciliación. Sería una grave debilidad moral esperar que los otros cambien de actitud para dar nosotros el primer paso que lleva a la verdad. Tan grave como decir que "si todos tienen que pedir perdón, entonces es mejor que nadie pida perdón". Hay una nobleza moral en el romper ese círculo de acusaciones y abrirse a los valores superiores. Impresiona la capacidad casi infinita que poseemos los humanos de engañarnos. Fácilmente recurrimos a sutiles explicaciones para justificar nuestros errores y espantar nuestras culpas... pero esas culpas no se pueden ahogar en el engaño. Ellas se van enquistando hasta adquirir la dureza de una piedra y anidan en nuestro corazón haciendo de la conciencia una metástasis.

Pedir perdón es doloroso y difícil, pero es una punta de lanza por donde penetra el verdadero amor que sella la paz definitivamente. Así nos lo enseñaron personajes ejemplares, para quienes la práctica del perdón no eximía de la memoria, la valentía o la inteligencia. Desde Gandhi hasta Luther King y Mandela, la historia de las últimas décadas está llena de testimonios que son memoria viva de una ética de la reparación, de la prevención y del perdón. Siempre, empero, será mucho más fácil comprender los acontecimientos de una forma banal y simplona que comprenderlos desde una sutil y compleja cultura del perdón, donde cabe la memoria histórica como memoria de una paz posible.

Empecinarse en no perdonar, sustituir el perdón con subterfugios y excusas es reafirmar la hostilidad y desconfianza, reafirmarse en el orgullo propio y el rencor. Es decir, quedar atrapados en el pasado por no tener el coraje de apostar por una paz del alma posible.

Por eso Paul Ricoeur nos recuerda que "*el acto de perdón es una terapia en profundidad de la memoria*", que "*perdón y olvido no son sinónimos, pues el perdón supone el olvido de la deuda, pero no el olvido de los hechos. Al contrario, es necesario guardar la huella de los hechos para poder entrar en una terapia de la memoria; que es necesario curar, es la capacidad destructora de esos recuerdos*"[15].

Pero está claro, existen ciertas condiciones mínimas para el perdón. En primer lugar nadie puede perdonarse a sí mismo; es el otro quien me permite verme de otra manera. No existe el perdón autoadministrado! Y ¿quién es ese otro susceptible de perdonarme? Quizás Emmanuel Mounier, citado por Alfred Grosser nos lo aclare: "*Cada uno puede olvidar las injurias que ha recibido: pero los trances de los que no ha recibido los golpes no están a su disposición*"[16]. Porque sólo la víctima tiene la capacidad de perdonar. Los otros, de pedir perdón. Nadie puede perdonar por otro, o en nombre de otro. En este sentido, precisa Derrida, "*el cuerpo anónimo del Estado o de una institución pública no puede perdonar*"[17].

La otra condición (que el filósofo de los campos de concentración Vladimir Jankélévitch decía que no puede otorgarse a los criminales nazis porque no lo



Fernando MIRANDA PEREZ - Detenido-desaparecido en Montevideo el 30.11.1975.

pedían) es que el perdón debe ser objeto de una demanda libre y voluntaria. Y quien tiene esa iniciativa se expone a una eventual negativa, si la víctima estima "imperdonable" el sufrimiento que se le ha infligido.

Perdonar no es un simple darse una palmadita en la espalda o un apretón de manos. Es todo un proceso de sanación individual y social que puede exigir tiempo. Como las enfermedades, hay algunas que tardan en curarse. Ese tiempo, ese proceso, Sr. Ministro, es lo que el Presidente intenta rescatar para lograr el estado del alma que nos permita sellar la paz definitivamente. Entonces, en el proceso aprenderemos que el asunto no era si debemos perdonar alguna cosa sino a alguien.

Si no se puede activar la justicia, que siempre es la manera segura de garantizar la reconciliación y la paz, tendremos que apelar con redoblado empeño al perdón. Y lo primero, lo que más importa es crear las condiciones para que quien debe hacerlo *pida perdón*. Que llegue finalmente a tomar esa iniciativa como un mínimo acto de grandeza personal y colectiva. No es nada fácil, no es común y a la vista está lo que cuesta en nuestra sociedad.

Luego, en caso de que alguien llegue a pedir perdón, está el esfuerzo de la víctima para perdonarlo. Porque si es no es fácil pedir perdón, tampoco lo es perdonar a quien lo pide. Supone igual o mayor grandeza el sobreponerse a la situación de irreparable injusticia y en un acto de grandeza restablecer un vínculo que parecía imposible.

Finalmente cabe también lo más difícil de todo. Una tercera realidad que puede venir en rescate de lo que parece imposible. Me refiero a cuando la propia víctima toma ella misma la iniciativa de ofrecer el perdón al verdugo. No existe acto más sublime ni más heroico: ofrecer el perdón a quien debería haberlo pedido y no lo ha hecho.

Dicho esto, para avanzar en el tema debemos hacer una aclaración fundamental: el *perdón no es el olvido*, que en este contexto sería un signo de debilidad o de miedo al futuro. Tampoco es *indiferencia*, que esencialmente implica una huida de la realidad por falta de convicciones, ni es *ingenuidad* dispuesta a creerse todo y librada a cualquier fácil manipuleo de conciencia.

Muchos piensan como el Ministro de Defensa que el perdón y la reconciliación son casi debilidades humanas, síntomas de poquedad y cobardía. Una suerte de «machismo» nefasto no puede entender otra salida que la revancha o la violencia para no verse degradado o acomplejado. Esto es no entender la verdad, es estar sumido en la peor confusión. Se confunde el perdón con debilidad, el ser valiente con la venganza o el no saber perdonar. La realidad es muy otra. Se precisa ser muy valiente para saber perdonar y actuar en consecuencia... El perdón, contrariamente a lo que popularmente se entiende, es un acto difícil, arriesgado, heroico. Es actitud de personas fuertes y nobles. Sólo se puede dar cuando alguien lesiona efectivamente a otro en su ser o en sus derechos. No se trata, por tanto, de olvido, ni de indiferencia ni, mucho menos, de la ingenuidad.

El perdón siempre es, debe serlo, un acto lúcido. Quien es capaz de perdonar juzga que quien le hizo daño es menos persona que quien lo padeció. Su acto tiene el objetivo de romper ese círculo vicioso del mal, ese «acorazamiento» del malhechor dentro de sí mismo. Quien verdaderamente perdona está procurando romper ese círculo siniestro en el que naufraga toda comunicación humana... Implica riesgos porque su única fortaleza está en la esperanza de que la bondad brindada abrirá en el corazón del malhechor un espacio distinto del que le presenta su lógica del mal. Quien perdona no quiere dejarse aprisionar por el mal que emanó de su adversario. No cura la calumnia con la calumnia, la difamación con la difamación, el engaño con el engaño, la agresión con la agresión. Procura crear una nueva relación, es un a invitación para que el mal no tenga la última palabra.

Además es importante afirmar que *no se puede perdonar en forma abstracta*. Nadie puede pretender lanzar el perdón "al aire" para ver si cae sobre la persona que corresponde(!), eso es hacer del perdón una verdadera mascarada, una burla. El perdón, por lo tanto, siempre implica conocer la verdad, la verdad del otro y de sus actos. Por ello implica inevitablemente que se investigue la verdad o se la diga.

Tampoco es posible que alguien pueda perdonar *en nombre de* la víctima, hacerme perdonar por un tercero... Pretender eso (sea el Estado, una institución o un particular) es una barbaridad porque entonces el perdón al verdugo se convierte en crueldad para con la víctima! Sólo puede perdonar al verdugo concreto aquel que ha sido torturado o despojado por él. Sólo puede mostrar la impotencia y estupidez del odio aquel que ha sido objeto de ese odio y víctima de su intención destructiva. Sólo puede verdaderamente perdonar a quien le odia aquel que espera, confía y apuesta a que su acto será creador de una nueva historia de relaciones fraternales entre ambos.

En una sociedad que ha sido dominada por las injusticias, igualar las relaciones entre las personas, tiene que provocar necesariamente enormes conflictos que no se resuelven ni con el olvido ni con un perdón epidérmico y artificial. Toda actitud de verdadero perdón debe asumir el conflicto y debe partir de la misma realidad conflictiva. Por eso dijimos que el perdón es un desafío, una gran exigencia. El perdón entre los miembros de una comunidad es una categoría esencial que implica riesgos:

Es también importante aclarar a los cristianos el

hecho de que la indignación y la cólera ante el enemigo injusto no son un pecado sino auténticos sentimientos de la persona que recoge la palabra de Dios. En la Biblia vemos innumerables veces que esa indignación y esa cólera no sólo son «toleradas» moralmente, sino que expresan una denuncia moral de carácter profético. En el antiguo Testamento encontramos muchos pasajes en los que se expresan esos sentimientos de ira frente al enemigo y en algunos casos hasta de vergüenza..., como por ejemplo éste del salmo 57:

«Ustedes, los poderosos, ¿de veras dictan sentencias justas y hacen verdadera justicia? Al contrario, actúan con mala intención; abren camino a la violencia en el país. Dios mío, ¡rómpeles los dientes! Señor, rómpeles los colmillos a esos leones! Que desaparezcan, como el agua que se escurre; que se sequen, como la hierba del camino; que se deshagan, como el caracol en su baba, ¡como el niño abortado que nunca vio la luz! Que ardan como espinos antes que se den cuenta; que sean arrancados con furia, como hierba verde. Y el justo se alegrará con esta venganza, ¡se empapa los pies en la sangre del malvado! Y entonces dirán: ¡Vale la pena ser fiel! ¡Porque hay un Dios que hace justicia!»

Y este no es un texto aislado del Antiguo Testamento. Podríamos citar muchos otros por el estilo, y también en el Nuevo Testamento, en los que el mismo Dios siente cólera e indignación (Rom. 2: 5-8). Cuando interpretamos el cristianismo como algo blando, romanticón, proclamando armonías imposibles, uniones inexistentes - y por ende falsas -, se cae, aún sin quererlo, en complicidades con los opresores injustos, con los agresores. En el salmo citado, como en tantos otros pasajes bíblicos, resalta uno de los temas mayores de la Palabra de Dios: *la justicia*.

Del mensaje bíblico sacamos una conclusión contundente: *no se puede querer de la misma manera* al opresor que al oprimido. Al oprimido lo queremos poniéndonos a su lado y luchando para que salga de su opresión y su miseria. Al opresor lo queremos denunciándolo, combatiendo su injusticia para que abandone su actitud y sea capaz de restituir la dignidad al hermano que ha sido despojado de ella , para que pueda vivir como hijo de Dios. El opresor debe salir de su violencia para poder superar la alienación que ella supone, para poder vivir la fraternidad. El amor cristiano siempre es una amor situado, exigente, creativo, que sabe discernir en cada caso, que no es ingenuo ni fácil. Nunca es la receta de una armonía imposible o de una «unidad» ficticia, es un desafío cotidiano (Cfr. Santiago 5: 1-6).

En el Evangelio Jesús jamás nos dice que no tengamos enemigos. Lo que nos dice es que los debemos amar... Además, la realidad es que si queremos vivir ese Evangelio en una sociedad en conflicto, con desigualdades sociales, económicas y políticas, tendremos enemigos. El amor al enemigo no es ceguera ante él. Es verdad que como cristianos estamos llamados a amar a esos que consideramos socialmente, políticamente, como enemigos. Ahora bien, esto no quiere decir que tenemos que dejar de considerarlos como adversarios y tratarlos como tales. Muchas veces, si no siempre, el amor al enemigo se ha de concretar en denuncia y en rechazo. Amar toma aquí la forma de un combate. Amamos al enemigo para que deje de ser injusto, deje de alienar al hermano y no con la ingenuidad de creer que amarlo es entregarnos en sus manos. Combatiéndolo en su injusticia estaremos mostrando caminos para que cambie porque el amor debe estar siempre encaminado a liberarlo de la situación de opresor y de agresor en la que él mismo se ha colocado. El amor cristiano nunca excluye el conflicto, cuenta con él. El desafío cristiano está en eso: amar en medio del conflicto, amar eficazmente.

Jesús amó a sus enemigos. Pero nadie podría desconocer por ese mismo hecho, que los tuvo y muchos. El nunca ocultó esa enemistad sino que la expresó - y con palabras durísimas - asumiendo plenamente el conflicto. Sus enemigos terminaron torturándolo y asesinándolo de la manera más cruel. La autoridad sacerdotal, los grupos que controlaban la doctrina y el saber teológico - escribas y fariseos - y las fuerzas imperiales de Roma en Palestina, fueron enemigas de Jesús. El denunció valientemente todas las situaciones de opresión que sometían al pueblo y nunca se plegó a los puntos de vista de los poderosos. Así los amó con toda autenticidad y realismo: fustigándolos con su palabra, cuestionando sus conductas y las normas que habían injustamente impuesto al pueblo.

La fractura en el seno de una comunidad cristiana o nacional e internacional es normalmente un síntoma de pecado. Pero si la miramos desde otra óptica puede ser un signo de las exigencias del Evangelio: *«No piensen que he venido a sembrar paz en la tierra. No he venido a sembrar paz sino espada; porque he venido a enemistar al hijo con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con la suegra...»*(Mt. 10: 34-36).

Ya habíamos tenido un pre-anuncio de este conflicto que caracteriza la buena noticia de Jesús (que es buena porque anuncia la igualdad entre los hermanos, pero mala para el opresor y conflictiva en medio de las fracturas) en la descripción de aquel encuentro del viejo Simeón con María y su bebé. Simeón le dice a la mamá de Jesús: «Mira, éste está puesto para que unos caigan y otros se levanten; será una bandera conflictiva. Y a ti una espada te atravesará el corazón. Y así quedará en claro lo que cada uno piensa» (Lc. 2: 34-35).

En una sociedad que ha sido dominada por la

fractura que significan los desaparecidos, las exigencias del Evangelio - igualar las relaciones entre las personas, poner a las víctimas como los primeros, compartirlo todo con ellas...- tienen que provocar necesariamente enormes conflictos que no se resuelven con un perdón epidérmico y decretado oficialmente. Toda actitud de verdadero perdón debe asumir esa fractura y debe partir de la misma realidad conflictiva. Por eso dijimos que el perdón es un desafío, una gran exigencia.

Jesús nos dijo que perdonáramos «setenta veces siete». Es decir, «siempre» (porque allí estaba usando un juego de números típicamente oriental). El perdón entre los hermanos es una categoría esencial en el Evangelio que implica riesgos:

a) **En los casos entre individuos**

Cuando perdonamos a otro, arriesgamos equivocarnos, poniendo en ese alguien nuestra confianza y esperando que con ese gesto la conciencia y el corazón del otro se sacudirán, podrán cambiar y habrá una reconciliación, un reencuentro. Por eso el perdón es una actitud positiva, profundamente optimista ante el ser humano. Quien perdona cree en el hombre, cree que es capaz de cambiar realmente y que el mal no tiene la última palabra. El perdón cristiano en realidad es un exceso de confianza - aunque nunca ingenua - por el que una persona se pone en manos de la otra apoyándose en la esperanza de que cambiará. Y esa esperanza es alimentada por toda la comunidad. El perdón es un gesto límite con el que se pretende superar situaciones límite de ruptura.

b) **En los casos sociales**

Pero no se pueden emplear idénticas categorías cuando hablamos de perdón o reconciliación cuando salimos del ámbito inter-personal y entramos en el nivel de una sociedad en conflicto. En este caso, el perdón y la reconciliación tienen que ser analizados también desde categorías políticas, no tan simples y sencillas. No hay recetas ni fórmulas mágicas. Allí está en juego el destino y la vida de muchos. Y hay que medir los riesgos desde distintas perspectivas. Siempre habrá que superar el círculo vicioso de las revanchas, de los desquites y venganzas. Pero nunca a costa de incorporar sin más a la comunidad al enemigo con su injusticia, prescindiendo de un análisis profundo y serio de sus propósitos. El pastor nunca mete al lobo en el redil de las ovejas...

En esta dinámica de no simplificar las cosas, cabe recordar la milenaria experiencia de las iglesias que nunca concedían el perdón y la reconciliación con la comunidad a nadie que hubiese pecado si antes no cumplía con algunos requisitos elementales, con algunas condiciones que se explicitaban en todos los catecismos, a saber:

1- examinar la conciencia
2- arrepentirse del mal cometido
3- hacer firme propósito de no volver a cometerlo
4- expresar la culpa ante la comunidad y Dios
5- cumplir con una penitencia reparadora del daño cometido.

El Papa Juan Pablo II expresaba correctamente esto en su Encíclica *«Rico en Misericordia»* (n. 14) al afirmar que:

«Es obvio que una exigencia tan grande de perdón no anula las objetivas exigencias de justicia. La justicia rectamente entendida constituye, por así decirlo, la finalidad del perdón. En ningún paso del mensaje evangélico el perdón, ni siquiera la misericordia como su fuente, significan indulgencia para con el mal, para con el escándalo, la injusticia, el ultraje cometido. En todo caso, la reparación del mal o del escándalo, el resarcimiento por la injusticia, la satisfacción del ultraje, son condición del perdón».

Podemos concluir diciendo que todos los uruguayos, por vivir en este país y en este tiempo, con sus contradicciones y su pasado de enfrentamientos, crímenes y aberraciones sin resolver, sin haber intentado todavía la reconciliación, estamos entrampados en una fractura conflictiva. Esa fractura es el campo actual de nuestra vida y el espacio en el que debemos vivir nuestro compromiso ciudadano procurando poner las condiciones mínimas para la reconciliación como base de la fraternidad nacional. A nosotros nos toca hacer de nuestra historia, con sus fracturas, una historia de salvación para las nuevas generaciones en la que quepan el perdón y la reconciliación.



Luis E. GONZALEZ GONZALEZ, . - Detenido-desaparecido en Montevideo el 13.12.1974

notas

[1] *Del olvido y la memoria*, **Acción** 176(1997)24.

[2] Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, trad. De David González Maeso, en **Historiadores griegos**. Madrid, Aguilar, 1969, p. 1374 (Citado por A. Matos, op.cit. p.35).

[3] Alejandro Matos, op.cit. p. 36.

[4] *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Santiago de Chile, 1991.

[5] Robert J. Schreiter, *El ministerio de la reconciliación*, Ed. Sal Terrae, Santander, 2000, p. 55.

[6] Ver A. Boraine, J. Levy y R. Scheffer (eds.), *Dealing with the Past: Truth and Reconciliation in South Africa*, IDASA, Capetown 1994, p. 58.

[7] Robert J. Schreiter, op. cit. p. 57.

[8] Ibid. p. 60.

[9] Ibid. p. 62.

[10] Estos testimonios han sido citados por Eduardo GALEANO en **Días y noches de amor y guerra**, Ed. Arca, 1985, pp.82 y 157. Otras expresiones de este autor amigo me ayudaron en la redacción de esta parábola del desaparecido. Una primera versión de esta parábola la publiqué en mi obra **La opción entrañable**, Trilce, 1989, pp. 87-104.

[11] GONZALEZ FAUS,José I. Proyecto de Hermano, Sal Terrae, Santander, 1987,p.193.

[12] Ibid. p. 258.

[13] SARTRE, J.P. *El ser y la nada*, Buenos Aires 1966,pp.92,93 y 94.

[14] Karl Jaspers, *Die Schuldfrage. Von der politischen Haftung Deutschalnds*, München: Piper, 1996 (primera edición de 1946), p. 19.

[15] *Actualité Religieuse dans le Monde*, nº 141, febreo 1996.

[16] *Les Fleurs de soleil*, Albin Michel, Paris, 1999.

[17] Nota en *Le Monde des débats*, diciembre 1999.

Diseño y armado de Juan Angel Urruzola, todas las fotografías que ilustran este folleto, forman parte de la serie; "Miradas ausentes" del fotógrafo Juan Angel Urruzola, expuesta en el atrio de la IMM en el mes de diciembre del 2000, las dos fotografías de Perico son de Oscar Bonilla y fueron tomadas en el hogar"La Huella" donde Perico vivía.
Este folleto es editado por MADRES Y FAMILIARES DE URUGUAYOS DETENIDOS DESAPARECIDOS.



José Enrique MICHELENA BASTARRICA. - Detenido-desaparecido en Argentina el 14.06.77